

A la caza de cristeros y zapatistas

Historia oral, 50 años en construcción
Homenaje a la historiadora *Alicia Olivera de Bonfil*



VO
972.06
CAZ.d

Compiladora
Laura Espejel

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

HISTORIA Y MEMORIA EN RETROSPECTIVA

Gerardo Necochea Gracia*

Probablemente, comparado con otros de los participantes en este homenaje, tengo poco tiempo de conocer a Alicia. Serán poco más de veinte años. No recuerdo el año, pero alrededor de 1987 o 1988, la ENAH me pidió que formara parte del jurado en un concurso de textos sobre la historia de la escuela. Los otros dos jueces eran Salvador Rueda y Alicia Olivera, a quienes conocía porque los tres trabajábamos en la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Sin embargo, apenas había cruzado palabra con Alicia. Cuando yo entré a la Dirección de Estudios Históricos en 1986, algunos investigadores trabajaban en una casa localizada en la calle de Alfonso Reyes, entre ellos se encontraba el Seminario de movimientos campesinos que dirigía Alicia, mientras que el Seminario de estudios obreros al que yo pertenecía estaba en el anexo al Castillo de Chapultepec. Entre Alfonso Reyes y el Castillo, como sencillamente denominábamos nuestros lugares de trabajo; había poca comunicación.

La colaboración como jurados fue grata, porque los tres coincidimos en escoger el mismo trabajo como ganador, un producto poco ortodoxo: un cómic. Alicia y yo, años después, nuevamente coincidimos como jurados y escogimos un trabajo ganador sin mucha dificultad. Si bien coincidíamos en criterios respecto a qué hace buena historia, curiosamente nuestros caminos en investigación nunca se cruzaron. Y digo curiosamente porque ambos trabajamos con historia oral.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

A mediados de la década de 1980 yo sabía poca cosa sobre el Archivo de la Palabra y los proyectos de historia oral que se habían llevado a cabo en la Dirección. En esos años mi interés por la historia oral no estaba enfocado hacia la creación de fuentes para constituir archivos. En mi experiencia, la historia oral estaba vinculada a los proyectos comunitarios. En cierto modo, el trabajo de Alicia y el mío corrían sobre los ejes paralelos en los que se desarrolló la historia oral.

Las preocupaciones respecto de la entrevista de historia oral y su producto eran diferentes. El propósito de los proyectos para archivos era crear fuentes que fueran útiles para historiadores futuros. Por esa razón, había que intentar cubrir todos los ángulos posibles, es decir, crear proyectos de gran envergadura tanto por su foco de atención —los grandes acontecimientos— como por la cantidad de entrevistados. Para cumplir mejor con ese objetivo, al iniciar era importante tener buenos entrevistadores y buenos cuestionarios, y después de terminadas las entrevistas, contar con buenas condiciones para la conservación de las cintas magnetofónicas en que éstas fueron registradas, así como financiamiento para su transcripción. Los proyectos comunitarios, por el contrario, concebían un papel más inmediato para el testimonio: el uso en el presente por parte de la comunidad que lo emitía, generalmente en aras de reconocer la memoria colectiva. Así mismo, favorecían la participación de los miembros de la comunidad estudiada por encima de la especialización académica, con la idea de democratizar la producción de la historia. La conservación de las fuentes orales, honrada en principio, era descuidada en la práctica. En cambio, había considerable inversión de esfuerzo y creatividad para difundir los resultados de la entrevista.¹

La idea sobre qué es y cómo opera la memoria también era distinta. El problema central para quienes creaban archivos de la palabra era la confiabilidad de la memoria. De ahí el examen de los porcentajes de

¹ Algunas de estas diferencias son tratadas en Herbert T. Hoover, "Oral History in the United States", en *The Past Before Us*, Michael Kammen (coord.), Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1980, pp. 391-407, ensayo que hace una evaluación de la historia oral en la década de 1970. Véase también Alistair Thomson, "Four Paradigm Transformations in Oral History", *Oral History Review*, vol. 34, núm. 1, 2007, pp. 49-70.

guardado en la memoria de larga duración, los tiempos requeridos para almacenar, los mejores estímulos para recordar.² Eugenia Meyer y Alicia Olivera, en uno de los primeros textos sobre historia oral aparecido en español, ofrecieron un apretado resumen de los riesgos enfrentados: "la mentira voluntaria, la distorsión de los hechos, o incluso la edad avanzada del sujeto entrevistado, cuya memoria puede fallar, llevándole por consecuencia a un proceso selectivo, equivocado o deformado de los hechos que relata".³ Y concluyen que el resultado a la entrevista de historia oral estará siempre marcado por "la duda de haber llegado realmente a la verdad histórica".⁴ Desde este punto de vista, la memoria era el frágil envase de presentación de información histórica relevante.

Los proyectos de historia oral comunitaria, aunque también preocupados por la fidelidad de la memoria, ponían más atención a sus usos. Por eso la relación entre recuerdo y olvido era menos importante que la relación entre política y memoria. Muchos de estos proyectos aceptaron literalmente la idea de que la historia oral daba voz a los sin voz, de manera que la memoria era el vehículo para expresar lo que de otra manera quedaba silente, o incluso reprimido. Estos proyectos tendían a equiparar el olvido a la supresión ejercida por la historia oficial, y por lo mismo tomaban toda enunciación de recuerdos como pronunciamientos verdaderos.⁵ El recurso de la entrevista de historia oral desembocaba en la denuncia de injusticias pasadas y en el reclamo de reconocimiento en el presente.

La ingenuidad y el extremismo no han quedado intactos. Sin duda persisten las distintas maneras de hacer historia oral, aunque nunca

² Paul Thompson dedicó una sección de su libro a estos asuntos, *La voz del pasado*, traducido por Josep Domingo, Valencia, Institució Valenciana D'Estudis I Investigació, 1988, pp. 127-134.

³ Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral: origen, metodología, desarrollo y perspectivas", *Historia Mexicana*, vol. 21, núm. 2, 1971, pp. 377-378.

⁴ *Idem*.

⁵ Uno de los ensayos más influyentes sobre el uso político del recuerdo, así como una perceptiva y certera crítica a la aceptación acrítica de la verdad testimonial, es "La muerte de Luigi Trastulli", de Alessandro Portelli, traducido al español en *Historia y fuente oral*, núm. 1, 1989, pp. 5-32.

fueron extremos opuestos y quien participaba en un tipo de proyecto también lo hacía en otro o al menos unos y otros se reunían a examinar las coincidencias y diferencias, empujados por la sensación compartida de relativa marginalidad frente a la academia establecida. Persiste también la noción de que la memoria es una fuente para la historia; por lo mismo, y en oposición, persiste la idea de que el propósito de la historia oral es develar la memoria, que a su vez configura la política de identidades. Pero insisto, la ingenuidad y el extremismo han cedido frente a la problematización de trabajar con la memoria.

Aunque aproximándonos a la historia oral desde distintos ángulos, a fin de cuentas compartíamos un conjunto de problemas derivados de recurrir al recuerdo para entender el pasado. Sin duda la confiabilidad de la memoria era uno, pero también el papel de la subjetividad que expresa el recuerdo y el de la relación entre el entrevistador y el entrevistado en que se produce ese recuerdo. Había entonces que aclarar la naturaleza de la fuente creada, y en consecuencia, la crítica pertinente a esa naturaleza. En la medida en que estos problemas fueron afrontados, y también en la medida que la historia oral adquirió popularidad y respetabilidad académica, otros problemas han surgido. A continuación quiero esbozar sólo algunos de ellos: el auge del memorialismo, los estudios de memoria y el diálogo necesario entre memoria e historia.

AUGE DEL MEMORIALISMO

Actualmente hay una gran producción de relatos en los que personas de muy distinto calado refieren sus peripecias personales en el transcurso de algún gran suceso histórico. Abundan también las autobiografías que recorren periodos largos y cualquier cantidad de insignificantes ocurrencias. La literatura testimonial, antes una alternativa innovadora, ahora es un lugar común. Los medios son tan variados como lo permiten la tecnología actual —libros, cine, videos, radio— y los recursos financieros. En fin, hay un verdadero auge de la memoria, una efervescencia memorialista.

¿Existe una razón para este auge? Sin duda existen muchas, que van desde el interés vicario una vez que las vidas personales han sido drenadas de pasión y aventura, hasta la idea de que el pasado se conoce

mejor a través de quienes lo vivieron. Esta última razón es de interés para los historiadores porque precisamente es enderezada contra su oficio. El razonamiento es relativamente sencillo: la memoria surge de imágenes que quedaron grabadas tal cual ocurrieron y son reproducidas sin el peso de la interpretación que hace sospechosa a la historia. La historia está cargada de ideología, el recuerdo está cargado de verdad.

En un mundo donde todo es texto, qué mejor que regresar al origen de los relatos, a las reminiscencias antes de que éstos se conviertan en discurso. Los antiguos aficionados a leer historia, cansados de libros cada vez menos inteligibles y más herméticos, con gusto dirigen la atención hacia los relatos de recuerdos que fluyen con sencillez narrativa y parecen revelar lo que fue realmente vivir en otro tiempo. Relatos, además, saturados de lo que en periodismo conocen como interés humano —a veces sólo sentimentalismo y moralina— y que por supuesto venden bien. La memoria así desbocada sirve de sustituto para la historia, para esa confianza antes depositada en los historiadores y su propósito de contar la verdad sobre el pasado.

El auge del memorialismo, por supuesto, obedeció a un complejo de razones. No todas banales. Michael Rossington y Anne Whitehead apuntan que la edición de 1976 de *Keywords*, de Raymond Williams, no incluía el vocablo “memoria”, pero que la edición revisada de 2005 sí lo incluyó.⁶ En ese lapso de tiempo la memoria surgió como preocupación intelectual y política. Por un lado, el desarrollo tecnológico implicó la teorización sobre la memoria virtual y las inevitables analogías con la memoria humana; por el otro, los adelantos en la neurología trastocaron concepciones convencionales sobre la fisiología y el funcionamiento de la memoria.⁷ Desde otra perspectiva, la desintegración conceptual de la nación y el examen de la globalización dirigió la atención a memorias subterráneas e identidades en resistencia. Más importante, la memoria surgió no sólo como fuente de versiones alternativas sino como resguardo de lo ocurrido en la clandestinidad y como

⁶ Rossington y Whitehead (coords.), *Theories of Memory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2007, p. 5.

⁷ Israel Rosenfield, *The Invention of Memory*, Nueva York, Basic Books, 1989.

recurso de sanación colectiva para las experiencias extremas producto del terrorismo de Estado.⁸

Por todas estas razones, en las últimas décadas la memoria surgió como punto focal de variadas discusiones. La memoria que surgió como elemento disidente de una cultura que hizo del pasado una justificación autocomplaciente, por esa lógica absorbente del mercado cultural, terminó en la banalidad de la celebración memoriosa.

La idea de que la historia oral se ocupa de la memoria y la identidad de grupo ha contribuido en no pequeña medida a la moda memorialista. Digamos que en su posición más extrema conduce a dos dudosas prácticas. Una, la de elaborar aquella historia que el grupo al que va dirigida gusta de escuchar, una historia a modo podríamos decir. Y dos, la verdad es validada desde el interior de la experiencia, y sólo aquellos que comparten la experiencia pueden acceder a la verdad. Ya Ginzburg ha criticado este relativismo extremo por desembocar en un total absolutismo: acepto que todos tienen su verdad, pero por supuesto que la mía es la única verdad verdadera.⁹

Oscilando entre la subjetividad extrema y la verdad escueta, ¿podía decirse que la memoria, si bien subjetiva, reproducía fielmente la experiencia vivida? Precisamente porque la historia oral estaba asociada a la creación de archivos, era importante entender las características de la fuente oral. Los archivos, después de todo, contenían documentos que supuestamente hacían referencia a una realidad externa al documento. Para usar las entrevistas de historia oral, era necesario entender la relación entre la forma y el contenido del documento. El examen de las entrevistas de historia oral muestra que la memoria no es la reproducción directa de sucesos pasados. El recuerdo selecciona para contar, y en el acto de seleccionar y contar va construyendo un

⁸ Véase los ensayos de Deborah Levenson, "El pasado puede ser una pregunta abierta: historia oral, memoria y violencia en Guatemala", y de Patricia Lundy y Mark McGovern, "Entender nuevamente: testimonio y transición posconflicto en el Norte de Irlanda, el Proyecto de Conmemoración de Ardoyne 1998-2002", ambos en *Palabras y silencios/ Words and Silences*, vol. 2, núm. 2, 2004, pp. 24-31 y 32-38.

⁹ Carlo Ginzburg, *History, Rhetoric, and Proof*, Hanover, University Press of New England, 1999, pp. 1-37.

significado, una interpretación de lo sucedido. Los relatos de la memoria, al igual que los de la historia, llevan una importante carga de valores e intenciones que dirigen la narración. En consecuencia, para comprender esos relatos es necesario entender los procesos de selección y significación, por un lado, y los contextos en que se recuerda y transmite el recuerdo. Lo que me importa señalar aquí es que la memoria no es la expresión de la experiencia directa, y si va a sustituir a la historia, no será por esta razón.¹⁰

Quienes discurren sobre la memoria coinciden en apuntar que uno de los propósitos del recuerdo es crear y mantener la identidad de la persona. Sacks investiga variadas fallas de la memoria, y debido a ello muestra la importancia del recuerdo para la coherencia cotidiana. Sacks concluye que el propósito de la memoria es crear continuidad y armonía donde no la hay, precisamente para que pasemos de un día a otro sin sobresaltos, sin el sentimiento de que empezamos desde cero cada vez que parpadeamos.¹¹ Los individuos recuerdan con el propósito de seguir siendo individuos. Halbwachs había ya señalado lo mismo, aunque su foco era el grupo y no el individuo: la supervivencia del grupo depende de cultivar la memoria que lo reafirma.¹²

Podemos pensar que la historia también coincide con estos propósitos de continuidad y armonía. La historia como disciplina moderna de estudio de la sociedad, después de todo, coincide con el Estado-nación y con el proyecto de la ilustración. Su propósito en consecuen-

¹⁰ Ronald J. Grele, "Movement Without Aim: Methodological and Theoretical Problems in Oral History" en *Envelopes of Sound: the Art of Oral History*, Nueva York, Greenwood Publishing Group, 1991, 2da ed., pp. 126-154; Michael Frisch, "Oral History and Hard Times, a Review Essay", en *A Shared Authority*, Albany, State University of New York Press, 1990, pp. 5-13.

¹¹ Oliver Sacks, *The Man Who Mistook His Wife for a Hat and Other Clinical Tales*, Nueva York, HarperPerennial, 1990; y *Un antropólogo en Marte*, traducción de Damián Alou, Barcelona, Anagrama, 1997.

¹² Maurice Halbwachs, *On Collective Memory*, edición, traducción e introducción de Lewis A. Coser, Chicago, University of Chicago Press, 1992; y *The Collective Memory*, traducción de Francis J. Ditter y Vida Yazdi Ditter, Nueva York, Harper & Row, 1980. El segundo libro apareció en una edición póstuma, en 1950, y su intención era elaborar y aclarar planteamientos que aparecieron en su anterior estudio, *Les cadres sociaux de la mémoire*.

cia es ser la memoria de la nación, crear la continuidad en el tiempo necesaria para que la nación quede arraigada en un territorio como una esencia, una armonía, que se devela en el tiempo. La expresión pública de esta historia es la que ha dado pie para el estudio de la memoria como tal.

En general, sin embargo, el estudio ya sea de la historia de la memoria o de la dinámica de la memoria, suele tomar a la memoria como objeto constituido. Vista así, la memoria puede entonces ser clasificada y diseccionada. La sociología de la memoria, en particular, gusta de las tipologías de la misma. Estos estudios, también en auge, están muy lejos de la historia oral, y si los traigo a colación es para plantear dos problemas.

MEMORIA INDIVIDUAL, MEMORIA COLECTIVA

El primero de estos problemas es la contraposición entre memoria colectiva y memoria individual. Halbwachs, que inauguró la sociología de la memoria, planteó que la memoria individual existía sólo como parte de la memoria colectiva, y resultaba incomprensible en ausencia de las relaciones que entretejían al individuo con el grupo.¹³ Como excluyentes a ello dio pie a pensar la memoria individual y la colectiva. Koselleck, por ejemplo, afirmó su desagrado por la memoria colectiva, y añadió que “la memoria real es independiente de la llamada ‘memoria colectiva’, y mi posición al respecto es que mi memoria depende de mis experiencias, y nada más [...] la memoria colectiva es siempre una ideología”.¹⁴

Ricoeur propone una vinculación entre estas dos maneras disímiles de aprehender la memoria, argumentando que el recuerdo es individual pero sus usos son colectivos.¹⁵ Ello en cierto modo va acorde con el papel que el Estado-nación se adjudica de erigir, significar y celebrar

¹³ M. Halbwachs, *The Collective Memory*, p. 33, y *On Collective Memory*, p. 53.

¹⁴ “Entrevista a Reinhart Koselleck: Me desagrada cualquier memoria colectiva”, *Revista Ñ*, suplemento cultural, *Clarín*, 25 de marzo, 2006, consultada en www.clarin.com/suplementos/cultura/2006/03/25/u-01163985.htm

¹⁵ Paul Ricoeur, *Memory, History, Forgetting*, traducción de Kathleen Blamey y David Pellauer, Chicago, The University of Chicago Press, 2004, pp. 93-132.

un pasado común. Mucha atención ha sido otorgada a la creación de una historia pública que crea lugares de la memoria colectiva, que en conjunto delinean una historia nacional. Así, sólo el Estado es capaz de crear una memoria colectiva que trascienda espacio y tiempo, creando coherencia en la cotidianeidad que transcurre a través del tiempo.

Como toda dicotomía, la discusión entre memoria individual y memoria colectiva esconde cualquier característica fuera de la dicotomía. Pero quizá podríamos pensar fuera de esta contraposición, partiendo de la noción de que la memoria es social.¹⁶ No importa que el recuerdo ocurra en la intimidad individual o en la conversación grupal, siempre es social. El recuerdo, para ser inteligible y transmitido, requiere del lenguaje y por lo mismo de las convenciones sociales del lenguaje. Ahora, el recuerdo es una acción y por lo mismo está sujeto, como cualquier acción, a los accidentes de tiempo, espacio y de la circunstancia de relación social en la que ocurre. Tiempo, espacio y circunstancia requieren e imponen modos de contar que hacen inteligibles los relatos, de manera que quien recuerda y narra, selecciona para satisfacer la meta de transmitir el recuerdo. El recuerdo es el resultado de un diálogo y como todo diálogo involucra puntos de vista. Cada recuerdo manifiesta el punto de vista de quien recuerda, pero el esfuerzo por relatar las situaciones evocadas desborda el recuerdo individual e incluye otros puntos de vista, incluso opuestos. El recuerdo se compone de varios diálogos. La oposición entre individual y colectiva deja de tener sentido si entendemos la memoria no como objeto constituido o abstracción sino como acción, es decir recuerdo, en proceso de constitución a través del diálogo pero que no termina de constituirse porque las circunstancias de su producción cambian.

MEMORIA E HISTORIA

El segundo problema consiste en la contraposición entre historia y memoria. En un extremo, los historiadores, reclamando una científica-

¹⁶ M. Halbwachs (*On Collective Memory*, pp. 43-45) refiere la relación entre memoria y lenguaje que afirma el carácter siempre social de la memoria; véase también Samuel Schragar, “What Is Social in Oral History?”, en *The Oral History Reader*, Robert Perks y Alistair Thomson (comps), Londres, Routledge, 1998, pp. 284-299.

dad excluyente, descartaron que la memoria pudiera suministrar conocimientos válidos sobre el pasado. En el otro, la sociología de la memoria de Halbwachs sitúa a la memoria y a la historia no sólo en campos distintos sino incapaces de tender puentes entre ellos.

La memoria posa ante el historiador como fuente de ambiguos problemas. Si parece que la memoria de hecho sustituye a la historia, por supuesto el historiador la rechaza porque debe defender el pan de cada día. Toda crítica de la memoria desde la historia puede entonces estar prejuiciada de origen. Al mismo tiempo, los historiadores tratan de domar a la memoria, convirtiéndola en objeto de estudio, y en consecuencia, sutilmente afirmando la superioridad de la historia sobre la memoria. Paul Ricoeur se fija precisamente en esta pretensión y trata de invertir los términos, adjudicando preeminencia a la memoria puesto que es la única forma que tenemos de constatar que algo que denominamos pasado, existe. Por lo mismo, argumenta Ricoeur, la memoria está vinculada y no opuesta a la historia.¹⁷

Podemos, de hecho, pensar en la memoria como una manera distinta de conocer el pasado que coexiste con la historia. Por lo tanto no tenemos que pensar en que una y otra se complementan, pero tampoco que se excluyen. Se abre ante nosotros la posibilidad de reconocer a la memoria como conocimiento válido y en consecuencia buscar la manera de dialogar entre estas maneras distintas de acceder al pasado. Insisto, el propósito no es complementar sino dialogar.

EL DIÁLOGO CON LA TRADICIÓN ORAL

Propongo esta posibilidad porque me interesa regresar al trabajo de Alicia sobre los restos de Cuauhtémoc. El trabajo en cuestión lleva por título *La tradición oral sobre Cuauhtémoc*, resultado de una investigación llevada a cabo en 1976, y publicado en 1980 por la UNAM.

De hecho, por primera vez coincidí con Alicia cuando dio una conferencia en el posgrado de Historia de la ENAH, donde habló justamente sobre este tema. El asunto entonces me interesó, tanto por la

¹⁷ P. Ricoeur, *op. cit.*, pp. 497-498.

singularidad del tema como por la tradición oral. Por supuesto, después leí el libro y me fascinó, no sólo por el recuento de cómo se había armado la versión sobre el entierro, sino por el hecho mismo de dar importancia a sus restos cuatro siglos después.

La investigación nació de un decreto presidencial, que estableció una comisión de investigadores para evaluar si los restos humanos encontrados en Ixcateopan, Guerrero, eran efectivamente los de Cuauhtémoc, tal cual afirmaba una tradición del lugar, respaldada por algunos documentos. El examen de la evidencia llevó a la comisión a concluir que la supuesta tumba de Cuauhtémoc en realidad no lo era, contradiciendo lo que anteriores comisiones habían dictaminado.

Ya en su artículo de 1971, Meyer y Olivera habían propuesto la importancia de estudiar la tradición oral, haciendo alusión al folclor como la ciencia de la tradición oral.¹⁸ El estudio de los restos de Cuauhtémoc ahonda sobre este asunto; establece premisas claras sobre qué es y cómo estudiar la tradición oral, y sin duda procedió con minuciosidad, de manera que sus conclusiones eran sólidas. El encargo era, por supuesto, decidir si los restos eran los de Cuauhtémoc y si la tradición oral refería un hecho histórico. Había entonces que responder con un sí o un no. Hoy día uno puede especular que el estudio era presionado en direcciones opuestas. Por un lado, un régimen que apoyaba sobre el indigenismo su pretensión de dirigir al tercer mundo; por otro, la academia establecida que difícilmente aceptaba desafíos a su posesión de la única verdad científica. Justo por eso la respuesta que ofreció el libro es interesante. Desestima la versión existente en Ixcateopan, sugiere que nació en relación a las pugnas políticas contemporáneas, y la compara con otra tradición existente en Tabasco, la cual se encuentra más en acuerdo con otras fuentes conocidas.

Concluyen, sin embargo, que probablemente "existan muchos lugares en nuestra república donde se encuentre alguna tradición sobre el entierro de Cuauhtémoc" y que estas tradiciones, si bien "sobrepasan

¹⁸ E. Meyer y A. Olivera, *op. cit.*, p. 386.

la dimensión puramente histórica”,¹⁹ se han conformado en diálogo con la historia que afirma el nacionalismo mexicano.

Alicia Olivera sugiere que muchas comunidades poseen una tradición respecto al entierro de Cuauhtémoc en su territorio. A mi parecer, este es el aporte significativo del libro, que rebasa en mucho la intención específica de informe sobre el supuesto entierro. En primer lugar, porque si bien no todas rinden con veracidad un hecho histórico, todas esas tradiciones encierran una verdad cultural persistente: el valor de Cuauhtémoc no como personaje (ya que muchos ni lo conocen) sino como símbolo y conciencia de un pasado distinto marcado por resistencia, sufrimiento estoico, valor y opciones entre lo criollo y lo indio. Muestra, en segundo lugar, cómo la tradición oral no es inerte sino un proceso cultural que responde a circunstancias y exigencias del presente, que puede ser enlistado en apoyo a nuevas pretensiones de poder al igual que a nuevos enfrentamientos. Muestra también conciencia de un enfrentamiento entre lo local y la nación, y más importante, entre distintas formas de conocer, donde una se arroga el derecho y la capacidad indiscutible de establecer la verdad. Por ello a la comisión le reclamaban las personas del pueblo que “ya se les deje en paz” y aunque el estudio declare que no son los restos de Cuauhtémoc, ellos “los seguirán reconociendo y honrando, que ya de una vez se dé el sí”.²⁰

La investigación sobre Cuauhtémoc podría haberse inclinado hacia el populismo fácil y el relativismo arrogante. Pero Alicia no lo hizo. Asume que desde la historia podemos dictaminar la veracidad de un hecho histórico pero al mismo tiempo reconoce que la historia no es la única que comprende el pasado. También la tradición oral significa el pasado para imaginar el futuro.

Alguna vez Alicia me comentó que cuando ella empezó a hacer historia oral sentía prisa por hacer entrevistas porque la gente que había que entrevistar se estaba muriendo. Aún así tuvo tiempo, junto con muchos otros, para abordar los retos de ese momento: hacer de la

¹⁹ Alicia Olivera de Bonfil, *La tradición oral sobre Cuauhtémoc. Dictámenes de Ichcateopan* núm. 3, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1980, p. 47.

²⁰ Alicia Olivera de Bonfil, *La tradición...*, op. cit., p. 75.

historia oral y del recuerdo personal una práctica y una fuente reconocida y aceptada por la academia. Hoy los retos son otros: no ceder ante la seducción de la memoria y no caer en la arrogancia exclusivista de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Baltimore, Johns Hopkins (coords.), *Theories of memory*, Rossington y Whitehead, University Press, 2007.
- Frisch, Michael, “Oral History and Hard Times”, a review essay en *A Shared Authority*, Albany, State University of New York Press, 1990.
- Ginzburg, Carlo, *History, Rhetoric, and Proof*, Hanover, University Press of New England, 1999
- Grele, Ronald J. “Movement Without Aim: Methodological and Theoretical Problems in Oral History”, en *Envelopes of Sound: The Art of Oral History*, 2a. ed., Nueva York, Greenwood Publishing Group, 1991.
- Halbwachs, Maurice, *On Collective Memory*, edición, traducción e introducción de Lewis A. Coser, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- , *The Collective Memory*, traducción de Francis J. Ditter y Vida Yandi Ditter, Nueva York, Harper & Row, 1980.
- Hoover, Herbert T., “Oral history in the United States”, en *The past before us*, por Michael Kammen (coord.), Ithaca, Cornell University Press, 1980.
- Kammen, Michael (coord.), “Oral history in the United States”, en *The Past Before Us*, Ithaca, Cornell University Press, 1980.
- Levenson, Deborah, *El pasado puede ser una pregunta abierta: historia oral, memoria y violencia en Guatemala*, Palabras y Silencios/Words and Silences, vol. 2, núm. 2, 2004.
- Lundy, Patricia y McGovern Mark, *Entender nuevamente: testimonio y transición posconflicto en el Norte de Irlanda, el Proyecto de Conmemoración de Ardoyne 1998-2002*, Palabras y Silencios/Words and Silences, vol. 2, México, núm. 2, 2004
- Meyer, Eugenia y Alicia Olivera, “La historia oral. Origen, metodolo-

- gía, desarrollo y perspectivas”, *Historia Mexicana*, vol. 21, núm. 2, El Colegio de México, octubre-diciembre 1971.
- Olivera de Bonfil, Alicia, *La tradición oral sobre Cuauhtémoc. Dictámenes de Ichcateopan* núm. 3, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1980
- Portelli, Alessandro, “La muerte de Luigi Trastulli”, en *Historia y fuente oral*, núm. 1, 1989.
- Ricoeur, Paul, *Memory, History, Forgetting*, traducción de Kathleen Blamey y David Pellauer, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.
- Rossington y Whitehead (coords.), *Theories of Memory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2007.
- Rosenfield, Israel, *The invention of Memory*, Nueva York, Basic Books, 1989.
- Sacks, Oliver, *The Man Who Mistook his Wife for a Hat and Other Clinical Tales*, Nueva York, HarperPerennial, 1990.
- Sacks, Oliver *Un antropólogo en Marte*, traducción de Damián Alou, Barcelona, Editorial Anagrama, 1997.
- Schrager, Samuel, “What is Social in Oral History?”, en *The Oral History Reader*, Robert Perks y Alistair Thomson (comp.), Londres, Routledge, 1998.
- Thomson, Alistair, “Four Paradigm Transformations in Oral History”, en *Oral History Review*, vol. 34, núm. 1, 2007.
- Thompson, Paul, *La voz del pasado*, traducido por Josep Domingo Valencia, Institució Valenciana D’Estudis I Investigació, 1988.
- Entrevista a Reinhart Koselleck: ‘Me desagrada cualquier memoria colectiva’. *Revista Ñ*, suplemento cultural, *Clarín*, 25 de marzo, 2006, consultada en ww.clarin.com/suplementos/cultura/2006/03/25/u-01163985.htm

LA TRASCENDENCIA HISTÓRICA DEL ZAPATISMO

Felipe Arturo Ávila Espinosa*

El propósito de este trabajo es analizar algunas ideas para tratar de entender por qué un movimiento derrotado como el zapatismo no ganó la revolución y sufrió la que puede considerarse la peor derrota de todos los grupos revolucionarios —pues no sólo significó una derrota militar y política como la que tuvo el villismo, sino que implicó también la destrucción de una buena parte de las comunidades y pueblos de su zona de influencia y una brutal agresión contra la población civil zapatista por parte de sus continuos enemigos—. Asimismo, indagamos por qué un movimiento tan endeble militarmente, a pesar de los diversos intentos que hizo, nunca fue capaz de tomar por sus propios medios la ciudad de México, pues cuando la ocupó no supo qué hacer con ella y tuvo que desalojarla a las primeras de cambio ante el arribo de una fuerza militar mucho más organizada y más poderosa, como lo era el ejército de Álvaro Obregón. También, por qué un movimiento con todas estas características, fue hecho a un lado por la fracción ganadora de la revolución en la construcción del nuevo Estado. Finalmente, y a pesar de todos estos obstáculos el movimiento zapatista ha sido, a lo largo de casi cien años, el más recordado y de mayor significación para una buena parte de la población mexicana así como uno de los que con mayor empeño ha buscado apropiarse de su uso ese mismo Estado mexicano para utilizarlo como uno de sus elementos legitimadores.

Estas interrogantes son particularmente interesantes porque para

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.